

LOS JEFES INTACTOS

Rodrigo García Bonillas

MOMIA CAMARADA

El padrecito sólo tiene tres horas para visitas. De diez a una, cuatro días a la semana, recibe el peregrinaje. Quién sabe por qué está disponible tan pocas horas, pero se entiende que desea verse divino y también que sus visitantes, ofuscados por el sol rojo de la plaza, lo encuentran más sagrado a esas horas: las rápidas entrevistas los dejan con un no sé qué de balbuceo y escalofrío. El padrecito, Vladímir Ílich, lleva embalsamado casi un siglo en medio de la plaza cardíaca de Moscú. Un jardín de abetos, árbol de los difuntos, circunda su mausoleo. Alrededor de él otras tumbas de jerarcas soviéticos nos esperan. A sus espaldas está enterrado el camarada Iósif, quien hace varias décadas llegó a compartir lecho con el padrecito. Ahora está expulsado del empíreo y debe conformarse con la retaguardia secular.

Pero eso es otro asunto. Lo que importa es que el padrecito está muy bien conservado. Tras una larga fila, tras soldados, revisiones, compuertas, tras altos vigilantes de traje oscuro, bellos como búfalos, que cercan la entrada al templo, tras la ceguera que el recinto en penumbra nos provoca por contraste con el fulgor de la plaza meridiana, tras un camino de ascenso horizontal y una vía purgativa de la percepción, se entra en comunión con la piel del padrecito. La oscuridad en la cámara mortuoria se inunda del fulgor de su epidermis. Un juego de luces y un camino de perfección visual nos orientan al contacto pseudomístico con las reliquias del hombre que hace un siglo lideró a la nación más grande de la Tierra. Toda esa fiebre colorada, el frenesí de un imperio de caducidad reciente, mercado de pulgas soviético, futuro de anticuario, cosmonautas, Iúri Gagarin y el Spútnik, Laika, Valentina Tereshkova vuela al cosmos en el Vostók 6, los nazis sitian Leningrado, Stalingrado, miles de kilómetros entre Kaliningrado y Vladivostok, los diez kilos que Kárpov perdió en el campeonato de ajedrez del 84 y las victorias de Kaspárov en el 85, 86, 87, la gimnasia y Comaneci, la nieve o el piolet en la cabeza de Trotski, bóvedas palaciegas del metro moscovita, planes quinquenales, el AK-47 diseñado por Mijaíl Kaláshnikov, y otro Mijaíl: Misha, el oso pardo de las Olimpiadas Moscú 80, las quince Rusias, Cuba, China, el Che en Bolivia o el Congo, la universidad Patricio Lumumba Amistad de los Pueblos, los misiles frente a Florida, el constructivismo ruso, Ródchenko y Popova, Mijaíl Bulgákov, el hombre de la cámara y el acorazado Potiomkin, Perestroika o nomenklatura, Aeroflot y los

mapamundis con Eurasia en el centro para infundir orgullo a los infantes, el mazo y el hierro y el trigo y la hoz, el exilio del chelista Rostropóvich al protestar por el oprobio del escritor Solzhenitsyn, los mártires y la jocosa canción Katiusha, la séptima sinfonía *Leningrado* de Shostakóvich transmitida por radio a todo el mundo, la octava de Shostakóvich, la novena de Shostakóvich, Tarkovski a Italia, Brodski a Nueva York y Mandelshtam a morir en el extremo oriental de Asia, tras decir: sólo entre los rusos se respeta la poesía, sólo aquí te asesinan por la poesía, los campos de trabajo del Gulag, la Internacional y el KGB, Maiakovski, la estatua de Maiakovski en la plaza Triumfálnaia, el hotel Pekín en la plaza Triumfálnaia, los desfiles militares en la Plaza Roja, Stalin paseando por las murallas del Kremlin, Lenin leyendo el periódico *Pravda* en su escritorio del Kremlin,

¡Proletarios de todo el mundo, uníos!
Proletari vsej stran, soediniates!

Toda esa fiebre colorada tiembla hoy en el rubor que envuelve a la epidermis. El imperio se gangrenó, los rascacielos estalinistas viven nuevas encarnaciones, nace la nostalgia por la prehistoria de hace dos décadas, lo soviético se vuelve antigualla, se escarmienta con el realismo socialista. Y de toda esa fiebre colorada sólo permanece y dura la luz eterna que en ciertos días, de diez de la mañana a una de la tarde, irradia la momia del padrecito Lenin desde el corazón de Eurasia.

DESFILE POR EL CUSCO EL CORTEJO DE MOMIAS REALES¹

Un cortejo de momias con sus panacas desfila por Cusco el día en que el príncipe Cusi Yupanqui se convierte en Pachacútec, el que trastorna la tierra. Son los cadáveres embalsamados de los anteriores gobernantes, que acuden a la ceremonia cargados por sus descendientes, junto con los ídolos del Sol y de los demás dioses.

De las provincias han llegado las ofrendas y los indios principales. Durante diez días Pachacútec ha guardado ayuno y no ha fornicado. Su antecesor, el pusilánime Viracocha, le lleva desde Calca la borla real y tiene que beber con él chicha de la misma olla usada.

Ningún zorro se mata el día que asciende el rey, para evitar los malos agüeros. Además de llamas, pumas y otorongos, sacrifican doscientos niños de entre cuatro y doce años, impolutos, radiantes. Antes de ahogarlos, les dan de comer para que no se presenten ante el Hacedor del mundo con la panza vacía.

Con ciencia, astucia y agallas Pachacútec elevó el señorío incaico. América del Sur conoció por primera vez un imperio. Pachacútec (y más tarde su hijo Cápac Yupanqui, que reinó junto a su padre varios años) extendió pueblo tras pueblo su dominio y sometió tierras distantes hacia el norte y el sur. Regeneró el Cusco, que se hizo sagrado centro del universo, administró las culturas subyugadas, legisló con pericia, doró los muros de piedra engastada

1 A partir del *Pachacútec* de Rostworowski.

del templo solar, Coricancha, y llevó por primera vez una ballena a los Andes.

Bajo su reinado se empezó a venerar una plancha ovoide de oro, que representaba al Hacedor. Es el huevo cósmico del que habla Mircea Eliade en un lugar de su *Tratado*.

Ninguno de los reyes incas fallece. Sus cuerpos se preparan con aceite de molle, una resina de los Andes, y sus vestiduras se empolvan con siaya, según escribió el padre Bernabé Cobo hace unos siglos. Todo en sus aposentos se mantiene como en los días de su vida de vivo, y sus tierras siguen produciendo para su provecho, y tienen una vajilla para su uso y hombres a su servicio. Póstumas concubinas los acompañan y ministros religiosos sostienen con ellos coloquios ardientes.

Todo permanece en las piedras de Cusco. La capital tiene forma de puma, según Pachacútec.

El Inca Garcilaso de la Vega debió de fruncirse en la posada de Polo de Ondegardo ante la momia canosa de Pachacútec, llevada desde Patallacta a Tococache junto con el ídolo del pueblo chanca, al que el rey había dominado y con ello fundado el imperio.

Pachacútec se pasea embalsamado por Cusco el día que Cápac Yupanqui, el sucesor, se vuelve gran inca. Pachacútec acaba de morir a los ochenta años. Un desfile de momias acompaña a Cápac Yupanqui. Son los cadáveres de los anteriores regentes, que sus descendencias llevan en andas por el corazón del Tahuantinsuyo. De aquí parten los cuatro puntos cardinales y se dividen las cuatro regiones del reino.

Durante los ritos funerarios, el cuerpo del inca muerto está vestido con opulencia y acompañado de piezas de oro, gemas, sus armas, la sombrilla de plumas y el escudo real. Las plañideras gimen, los orejones pasean, Cusco también está cabizbajo. Un año más se prolongarán las exequias y después, según su deseo, la momia de Pachacútec irá a su morada en Patallacta.

Por la muerte del soberano se sacrifican otorongos, llamas y pumas. Ningún zorro se inmola, para evitar los malos agüeros. Doscientos niños radiantes, sin taras, también mueren. Antes de ahogarlos para que se encuentren con el Hacedor, se les emborracha y se les llena la boca de sacra hoja de coca molida.